



Seix Barral

Colum McCann

Trece formas de mirar



Índice

Portada

Sinopsis

Dedicatoria

Trece formas de mirar

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Donde estás, ¿qué hora es?

SHJOL

Tratado

Nota del autor

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos ex-
clusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

En la *nouvelle* que da nombre a este libro, un juez octogenario rememora su ilustre pasado e intenta tomarse con humor un presente penoso, sin saber que esa mañana será la última de su vida.

En «Shjol», una madre se enfrenta a la desaparición de su hijo mientras nadaba en el mar, lo que la llevará a reflexionar sobre la limitación de las palabras a la hora de referirnos a la pérdida. En «Tratado», una monja descubre en las noticias que el hombre que la secuestró y abusó de ella, miembro de la guerrilla latinoamericana, está vivo y se hace pasar por un agente de paz. Y en «Donde estás, ¿qué hora es?», un escritor trata de elaborar una historia creíble sobre una marine estadounidense en Afganistán que llama a su casa por Navidad.

*Para Lisa, Jackie, Mike y Karen. Para todos los que siguen
construyendo Narrative 4.
En memoria de mi padre, Sean McCann.*

TRECE FORMAS DE MIRAR

I

*Entre veinte montañas cubiertas de nieve,
lo único que se movía
era el ojo del mirlo.*

La primera está escondida bien arriba, en una biblioteca de caoba. Ofrece una panorámica de la habitación en la que él duerme acostado en una cama de matrimonio, entre un montón de almohadas.

El cabecero tiene una talla intrincadísima. El somier, forma de trineo. El edredón, motivos amish. Sobre la mesita de noche de la izquierda reposa una urna. Un reloj de linterna antiguo cuelga en la pared, cerca de un espejo de plata alargado que el tiempo ha oscurecido y llenado de motas. Debajo del espejo, en un rincón, casi oculta a la vista, hay una bombona de oxígeno pequeña.

En la butaca, lejos de la cama, reposan media docena de almohadas, y varios cojines ocupan una silla de roble con reposabrazos de cuero.

En el escritorio, al lado de la puerta, hay varios papeles cuidadosamente apilados, un abrecartas de plata, un sello seco y un portátil abierto. Se ve una pipa, pero ni caja de tabaco, ni cerillas ni cenicero.

Obras contemporáneas: tres paisajes urbanos, líneas y bloques nítidos, y una pequeña marina en la pared de la puerta del baño.

Y en medio de todo aquello, él yace en la cama hecho un bulto; la cabeza, apenas un borrón.

II

*Me debatía en tres puntos,
como un árbol
en donde hay tres mirlos.*

Nací en mitad de mi primerísimo discurso. Debería levantarse, buscar un cuaderno y anotar la frase, pero, como en la habitación hace un frío glacial y la calefacción no está en marcha todavía, prefiere no moverse. Al menos las sábanas están tirantes y calentitas. Puede que Sally haya entrado a arrojárselo otra vez, porque ahora le viene a la memoria su travesía, o sus varias travesías, o —para ser más precisos— sus infinitas travesías al baño. *Nací en mitad de mi última travesía heroica.* Arriba, el ventilador del techo da vueltas. Los de mantenimiento han cambiado el sentido del giro. Pero ¿cómo va a dar calor un ventilador que gira en sentido contrario? Si pudiéramos dominar la corriente, cambiar el sentido del giro... *Nací en mitad de mi primer discurso al jurado.* Curioso, que se replantee lo de sus memorias a su edad, pero ¿qué otra cosa va a hacer? Lo flojo de las ventas, en los ochenta, fue una auténtica sorpresa, tan bien editadas, tan bien presentadas, tan bien corregidas. Con todos los detalles. Ni tragándose una píldora de humildad habría imaginado que sólo iba a vender unos cuantos ejemplares aquí y otros allá, pero casi todos acabaron en las mesas de saldo a los tres meses. *Nací en mitad de mi primer fracaso público.* Pero, a ver, ¿eso cuándo fue, de verdad? *Nací la primera vez que le hice el amor a Eileen. Nací cuando toqué la mano de mi hijo Elliot de bebé. Nací cuando me senté en la cabina de un Curtiss SOC-3.* Va, gilipolleces.

Gilipollices con DOBLE ELE mayúscula. Para ser sinceros, nació en medio de ese primer caso, cuando, ayudante del fiscal del distrito recién salido del cascarón, se plantó en el tribunal de Brooklyn y les dio a sus palabras la forma exacta que había soñado, y penetraron en el aire y las vio revolotear, y advirtió el efecto que provocaban en las caras del jurado, hombres todos, y en el comprensivo juez, que sonrió con algo muy parecido al orgullo. *Un discurso muy sólido, señor Mendelssohn.* Y en ese preciso momento supo que nunca iba a dejarlo. El derecho era lo suyo. ¿De eso cuántos eones hace, ahora? Debería anotarlo. Pero la edad tiene ese problema, ¿no es cierto? Tienes impresiones, pero te faltan fechas. Y a la que das con las fechas, la impresión la pierdes.

Lápiz y papel, Sally, querida, ¿es pedir demasiado? *Nací en mitad de mi primerísima pérdida de memoria.* ¿Se puede saber por qué no tengo nunca papel al lado de la cama? ¿Debería usar una grabadora? Un portento digital de éstos. Puede que mi BlackBerry tenga una; a fin de cuentas, todo lo demás ya lo tiene. Últimamente le ha dado por embutirla en el bolsillo del pijama, donde pasa toda la noche con la lucecita roja parpadeando. Máquina prodigiosa, le trae noticias de los triunfos y los terrores más recientes mientras él se adormece y ronca. Golpes de Estado y revoluciones y rebeliones y desgracias variadas, todos cómodos en la cama, planeando su fuga.

Curioso: los pijamas los diseñan para que el bolsillo quede en el lado izquierdo, encima del corazón. ¿Con criterios médicos, tal vez? Un pequeño compartimento para el doctor. Un sitio donde poner los *stents* y los tubos y las píldoras en caso de ataque. Los accesorios de la edad. Tendría que preguntárselo a su viejo amigo, el doctor Marion. ¿Por qué está el bolsillo encima del corazón, Jim? Tal vez no sea más que cosa de la moda, un tic. Y a todo eso, ¿quién diantres inventó el bolsillo del pijama? ¿Y con qué propósito? ¿Para que quepa un poquito de pan o una ga-

lletita salada o una tostada, por si de noche nos entra el hambre? ¿Es un escondrijo para antiguas cartas de amor? ¿Una funda para el *alter ego*, que, ahí fuera, espera entre bambalinas?

Ay, la mente va vagando, planea su fuga: por la ventana escarchada. Y a todo eso, ¿quién inventó el lado fresco de la almohada?

Bajo la sábana, mueve un poquito los dedos de los pies y los frota los unos contra los otros despacio, deja que el calor vaya reptando cuerpo arriba. Nunca ha entendido las calefacciones de Nueva York. Tanta tubería subterránea y tanto camión de gasóleo y tanta reunión de la junta del edificio a propósito de la caldera, tanto premio nobel de ingeniería y arquitecto sabihondo y experto en calentamiento global, un auténtico grupo de sabios, genios todos ellos, y ni así te libras de ese espantoso *clac, clac, clac* de todas las mañanas. Es Dante, en el sótano, tratando de dar una capa de imprimación a las tuberías. Por Dios bendito, cualquiera diría que en el siglo *xxi* podrían resolver el misterio de la puta calefacción, y perdón por lo soez de mi inglés, y de mi polaco, y de mi lituano, pero no, no pueden, nunca han podido y es probable que no puedan jamás. No encienden la caldera hasta las cinco de la mañana a menos que en la calle estén como en Siberia Oriental. El portero del edificio es maestro de ajedrez, de Sarajevo, se ha enfrentado a Spaski, se jacta de su capacidad cerebral y dice que es miembro de Mensa, ¿y ni él puede poner en marcha la condenada calefacción?

Coge la BlackBerry y la resucita a golpe de tecla. Todavía faltan veintidós minutos para que las tuberías empiecen a chutar como es debido. Se siente tentado de saltarse su ritual, de hacer una consulta anticipada a las noticias y al email, pero vuelve a guardar la BlackBerry en el bolsillo del pijama. *Nací en mitad de mi primer discurso al jurado y salí a Court Street con alas en los pies*. No es del todo cierto. Nunca he tenido alas en los pies, ni siquiera entonces.

Siempre he andado rezagado. No soy un Joe DiMaggio ni un Jesse Owens ni un Wilt Chamberlain. Las alas las había guardado plegadas, ocultas en el lenguaje, en la entonación, en la forma de sus palabras. A veces pasaba la noche entera despierto, sentado a la mesa de caoba, puliendo frases. De joven quiso ser escritor. La fuente del Helicón. *Nací en mitad de mi primera contradicción*. Los grandes discursos no tenían nada que ver con la sustancia. El estilo lo era todo: la palabra precisa en el momento adecuado. Hasta el más tonto sabe que una frase rimbombante aquí y otra allá pueden sacarle brillo a cualquier estupidez. En la sala, estudiaba las caras del jurado para ver qué palabras podría deslizarles piel abajo. Garbo de orador y silueta de serpiente, ¿o garbo de serpiente y silueta de orador, más bien? Era un cumplido, como fuera. Hasta las eses de la serpiente son sibilantes.

A Eileen le encantaba leer sus discursos, sobre todo en los últimos tiempos, después del ascenso al Tribunal Supremo de Kings County, cuando siempre tenía algún periódico detrás buscándole las cosquillas, el *Village Voice*, el *New York Times*, ese periodicucho de tres al cuarto de Nueva Ámsterdam, ¿cómo se llama? El *Brooklyn Eagle*, no, ése lleva tiempo fuera de circulación. Una vez, en una caricatura lo sacaron como una mantis religiosa. Le habían dibujado una cara odiosa, esas mejillas caídas, esos lentes encaramados en la nariz, la tripa como colgada en bandolera mientras masticaba a otra mantis religiosa. Idiotas. No habían entendido nada. Es la hembra la que se come al macho al término del combate amoroso. Con todo, aquello no era un cumplido, precisamente.

¿Y por qué a los jueces siempre los presentaban como imponentes montañas de carne? Él era de lo más flaco, de toda la vida. Una estaca. Un espantapájaros. Hasta en un cuchillo de carnicero había más grasa, solía decir Eileen. Pero los dibujantes de viñetas cómicas, y hasta los de la sala de vistas, se empeñaban en darle un tris de papada o un

pelín de tripa. A Eileen eso la sacaba de quicio. Llegó a racionarle las calorías hasta que ya casi ni se veía en el espejo cuando se ponía de perfil. Él pensaba que la vejez, dadivosa, lo libraría de la vanidad y, sin embargo, últimamente ésta se hacía notar todavía más: la piel que colgaba, las arrugas, los ojos sorprendidos ante la visión de sí mismo. El otro día alcanzó a verse fugazmente en el espejo, ¿y cómo demontre se me ha puesto la cara del padre de mi padre? Los años no llegan, no, se presentan sin que nadie los haya invitado, se cuelan por la puerta y hacen estragos, la vajilla vacía, las venas rotas, las cuencas de los ojos hundidas, las encías doloridas, pero quién es él para quejarse, ha tenido muchos años para ir acostumbrándose, no es que fuera un Adonis, para empezar, y a la chica se la llevó igual, la encandiló, le robó el corazón, la pilló, sí, *nací en mitad de mi primer gran amor*.

Deja caer el brazo al otro lado de la cama. *Saudade*. Buena palabra. Portuguesa. Acércate, Eileen. Ven a acurrucarte aquí a mi lado. Jamás hubo palabra más certera. La añoranza de lo ausente.

Ella siempre le decía que sus primeras actuaciones en el tribunal de Brooklyn derrochaban paciencia, astucia e ingenio. Una referencia literaria; Eileen era fan de Joyce. Silencio y exilio. En casa le planchaba la camisa y el cuello todas las mañanas, y cada vez que ganaba un caso le compraba una antología poética y una corbata de las de la tienda de Montagu Street. Podría haberlas colgado todas, de casa al taller de los chinos: las corbatas, claro está, no las antologías. Eileen debía de mantener ella sola a las costureras de Gucci, con la de corbatas que había colgadas en el armario, todas perfectamente ordenadas, cuidadosamente identificadas y dispuestas. El pelo oscuro de Eileen, su naricita respingona, ese lunar solitario en el borde de la mejilla. Preciosa, ayer y siempre, como la chica de la canción. *Bella ayer y bella siempre, claro de luna en el pelo*. A veces todavía rocía un poco de perfume en la almohada de Eileen, só-

lo para oler y fingir que sigue allí. Sentimental, por supuesto, pero ¿qué es la vida sin sentimiento? Y, aceptémoslo, ¿cuál fue la última vez que lo asaltó un acceso de lujuria de la buena? Pregúntaselo a la BlackBerry, ella lo sabrá. A fin de cuentas, todo lo demás ya parece saberlo: hijos caprichosos, hijas con el corazón roto, otro vertido más en el Golfo.

Oye a Sally, que ya se ha levantado y está en la cocina. Las cucharas que repican. El platito que se desliza. El contacto de la taza de té. El tilín del vaso naranja. La licuadora que sacan del armario. El suave suspiro de la cinta de goma de la nevera. El chirrido del cajón de abajo. Van saliendo las zanahorias, las fresas, la piña, las naranjas, y después, sigue el ruido del hielo. El jugo de frutas. Sally dice que debería llamarlo batido, pero a él no le gusta la palabra, tal cual, de batido eso no tiene nada. El otro día, en el parque, arrastrándose como de costumbre —el verbo no puede ser otro, ahora se arrastra todos los días—, vio a una mujer en los bancos, cerca del lago, con unos limones de aspecto jugoso estampados en el pecho de la sudadera, y a él no le quedó más remedio que admitir, a su edad, que la analogía era acertada. Le presentaba sus disculpas a Eileen, por supuesto, y a Sally también, y a Rachel, y a Riva, y a Denise, y a MaryBeth, y a Ava, por supuesto, y a Oprah, y a Brigitte, e incluso a Simone de Beauvoir, ¿por qué no?, y al resto de las mujeres del mundo, disculpas a todas, pero sí que eran jugosos, cómo botaban, con ese breve gajo de piel oscura que los coronaba, y hubo un tiempo, de eso hace mucho, en el que les habría dado un buen estrujón, que no me vengan ahora con batidos. Él tuvo su fama, pero aquello nunca pasó de pasatiempo inofensivo. Nunca se apartó del buen camino, aunque un poquito de ganas sí que tuvo. Perdóname, Eileen, por esas ganas y más ganas y más ganas. Fueron los colegas conservadores del tribunal los que le echaron el mal de ojo. Mojigatos. Menudas ciruelas pasas, o ciruelos, o las dos cosas: ¿qué sería lo que, manio-

bras partidistas aparte, propició su elección? ¿Qué estarían pensando? ¿Que un hombre debe ocultar su vida bajo la toga? ¿Que debe volver a meter su aventurera cabeza en el caparazón? ¿Que el único ruido que iba a hacer sería el del mazo? No, no, no, de lo que se trataba era de pelar la vida. De extraer el líquido. De olvidarse de la pulpa. De exprimirla. El Jugo del Judío. Un batido.

Ay, los meandros de la mente. Disculpa, Eileen. Fui apasionado, y la palabra es ésta. Podría decirse incluso que tuve mis coqueteos. Nada más. Nunca fui de los que se ponen pesados. Eso, en cambio, había quedado para el pequeño Elliot. Vaya lástima. Y ahora míralo, al pobre. Pero dejémoslo ahí. No es manera de empezar el día, con el bala perdida de su hijo y sus ojos traviesos, traviesos como sus manos, sus oídos, su garganta y su billetera.

Ya empieza a oír los primeros ruiditos. Vamos, calor, date prisa. Avanza tuberías arriba.

¿Por qué será que Nueva York no ha dado un genio precoz que arregle el problema de la calefacción? Con la de niños que nacen en esta gigantesca metrópolis, cualquiera diría que al menos a uno el ruido de las tuberías y el silbido del vapor iban a sacarlo de quicio. Que alguno resolvería su dilema cotidiano. Pero no, no, no. Todos acaban tirando para Wall Street y Broadway y Palo Alto y Los Álamos y para donde sea, y cuando vuelven a casa se encuentran con un apartamento pensado para cavernícolas.

Y a todo esto, ¿cuánto valdrá este apartamento de mala muerte? Hace veintisiete años, medio millón. Vendieron el adosado de piedra caliza de Willow Street y enfilaron rumbo al Upper East Side. Y todo para que Eileen estuviera contenta. Le encantaba pasear por el inmenso prado del parque, relajarse a orillas del lago, hacer excursiones a la panadería Greenberg. Hasta llegó a colgar una mezuzá al lado de la puerta de entrada. Para proteger su inversión, más que nada. Ahora son dos millones de dólares, dicen, dos doscientos, tal vez, dos cuatrocientos, ¿y ni así pueden